

1. INTRODUCCIÓN GENERAL

1.1. El Romanticismo

El Romanticismo es un movimiento surgido en Alemania a finales del siglo XVIII y difundido por Europa a principios del XIX con un afán de liberar los espíritus de la sujeción a los modelos del arte y el pensamiento clásico. Como reacción anticlásica proclama los derechos del sentimiento y del individuo frente a la razón y las reglas ordenadoras del mundo y del arte que habían imperado en la Ilustración, y como movimiento cultural afecta a todos los órdenes de la vida, desde el sistema de valores establecido hasta las formas más externas de la moda.

La palabra “romantic” había aparecido por primera vez en Inglaterra en la segunda mitad del siglo XVII para referirse de forma despectiva a cosas que “sólo ocurren en las novelas”, es decir, fuera de la lógica y de la realidad. Pero cuando la nueva sensibilidad de los hombres de finales del XVIII empieza a revalorizar lo fantástico y lo irracional, lo misterioso y extraño, lo melancólico y terrorífico, la palabra adquiere un valor positivo. “Románticos” fueron considerados entonces los castillos góticos y las ruinas, o los paisajes pintorescos, solitarios y agrestes.

Se ha asociado el nacimiento “oficial” del Romanticismo con la fecha de 1798, cuando en Alemania Friedrich Schlegel publica un artículo que definía la poesía romántica como una “poesía universal progresiva que radica siempre en el devenir, incluso tiene como carácter propio el estar siempre en evolución, en no poder nunca quedar completada”. Año este en el que también en Inglaterra Coleridge y Wordsworth proponen una poesía que sea “alado anun-

cio de una revolución poética”, destinada “a dar color de realidad a lo sobrenatural por la verdad de las emociones expresadas”, al tiempo que “a revelar el misterio escondido en las cosas más humildes de la vida”.

En Francia es en 1810 cuando aparece lo que ha sido considerado el primer manifiesto del romanticismo: *De Alemania*, de Mme. de Staël, en el que hablaba del gran salto dado por la literatura alemana hacia una nueva concepción del arte y la literatura.

En España, aunque la implantación de la nueva escuela es algo más tardía por diversas causas, ya en 1805, en la revista *Variedades de Ciencias, Literatura y Artes*, dirigida por Quintana, se publica un breve artículo titulado “Reflexiones sobre la Poesía” en el que se divulgaba que “los alemanes, alimentados con las grandes obras de todas las naciones, han tomado otro rumbo” distinto a la tradición francesa.

Este nuevo rumbo se presentaba como un movimiento “nacional” y una vuelta a los lejanos y olvidados “orígenes”, lo que suponía, entre otras cosas, el abandono de la inspiración en el mundo clásico y el rechazo a la estética clásica con sus divisiones rígidas en géneros y con sus unidades aristotélicas de tiempo, espacio y acción. Frente a ello el programa romántico impone el concepto de “forma interna”, siempre inmanente a la inspiración.

Anuladas las exigencias formales exteriores, la poesía tendía ahora hacia una representación global del ser humano, desde lo sublime hasta lo más miserable. Tratando de remontarse a los orígenes del “espíritu nacional”, que daría lugar a los movimientos nacionalistas de Italia, Alemania, Austria y Hungría, encontró en el Medioevo y en los valores espirituales que se habían consolidado en la épica y la leyenda de esa época las nuevas fuentes de inspiración. Descontentos con la realidad inmediata, los románticos buscaron también el conocimiento de los pueblos más lejanos, tanto en el antiquísimo Oriente, donde el hombre parecía haber mantenido misteriosos contactos con la naturaleza, como en el recientemente investigado Occidente, donde los pueblos primitivos parecían todavía próximos a lo genuino primordial.

Así pues, a las “luces” de la Ilustración, el Romanticismo opone el sentido del misterio, a la tentativa de colocar la vida en una esfera de completa conciencia, donde todo acto esté definido en sus relaciones con cuanto le rodea, enfrenta el esfuerzo por liberarse del cerco lógico y vincularse mágicamente con el espíritu de la naturaleza salvaje, y al predominio de la actividad racional opone el de la intuición contemplativa. Ahora serán las misteriosas fuerzas de la naturaleza las que aparecerán como valor supremo y los nuevos “principios estéticos” promulgan el abandono de la imitación a favor de la libre efusión del sentimiento, por lo que la poesía será ahora “la voz del alma”. Y como el pueblo tiene alma, y esta se expresa en la poesía popular, tales manifestaciones adquieren un valor nunca antes reconocido.

Si la Ilustración había formulado un ideal de humanidad libre y consciente, tras el fracaso napoleónico, el hombre ilustrado pone en duda sus valores y se convierte en romántico, rebelde contra sí mismo y contra los demás, afectado de un descontento profundo y en constante contradicción consigo mismo. Si la Ilustración estaba teñida de un cierto optimismo, el Romanticismo produce un idealismo pesimista, ya que la continua aspiración a valores superiores, a la felicidad y la justicia va acompañada por la conciencia de la derrota y el fracaso en la complejidad de la vida social moderna. Así pues, en las creaciones románticas la justicia y la moral no triunfan nunca, sino que la fatalidad o la maldad humana las vencen siempre y la conclusión final parece conducir a la amargura del incomprendido y del marginado o ignorado, que se encierra dentro de su propio fracaso con solitario desprecio hacia quienes no supieron valorarlo y que renuncia a su felicidad sometándose a la trágica fatalidad de la existencia. El romántico quisiera vivir en lo eterno, renunciando a lo tangencial, pero no puede dejar de desear la posesión de los bienes terrenales o la consecución del amor, y cuando ve que no puede conseguirlo, se aleja, orgulloosamente desdeñoso, y glorifica la derrota como el lujo de las almas superiores. La marginalidad, el suicidio y la blasfemia suelen ser salidas habituales de esta contradicción interna, y así, renegará de Dios y de sus leyes tanto como de las leyes de los hombres y proclamará la suprema injusticia del mundo. No es extraño, pues, que un cierto satanismo aparezca en las creaciones románticas y que se conviertan en héroes personajes como Lucifer, Caín o Judas. El romántico es, como Fausto, el hombre de las dos almas, colocado entre dos mundos, el de la contingencia y el de lo absoluto.

Esta contradicción profunda que conduce a una inquietud perenne está en el origen de toda la poesía romántica y se manifestará de diferentes formas. Así, el poeta se sumirá en tormentos interiores o se evadirá hacia mundos de ensueño vagos e indefinidos, se exaltará con visiones de una humanidad futura ideal o se entregará a una melancolía mórbida de cansado abandono, buscará la liberación en un empeño de actividad al servicio de una idea o una causa justa o se envolverá en un manto de dolor desdeñoso ante la imposibilidad de luchar contra la fatalidad, se embriagará de raptos místicos o se refugiará en el sarcasmo que no es sino el sufrimiento enmascarado. De una u otra manera, el Romanticismo expresa un sentido trágico de la vida.

Política y socialmente, el Romanticismo se identifica con el liberalismo, que es la forma en que se enfrenta la nueva sociedad burguesa a los abusos del absolutismo monárquico. Los románticos pretenden edificar una nueva sociedad sobre la libertad y el orden y la literatura no fue ajena a los problemas de su tiempo, convirtiéndose, más que nunca antes, en arma de combate y medio de difusión de las nuevas ideas.

1.2. El Romanticismo en España

Dada la indisoluble conjunción entre liberalismo y Romanticismo, la implantación de este movimiento en España no pudo ser sino tardío, y sus límites se suelen establecer entre 1814, año en que Nicolás Böhl de Faber comienza a difundir una parte de las ideas de Schlegel en España, y 1849, fecha en la que, curiosamente, su hija Cecilia publica *La Gaviota*, primera novela de un incipiente Realismo. Pero en cuanto a la producción literaria más representativa del Romanticismo español, ésta se circunscribe a la década que va de 1834 a 1844.

El regreso de Fernando VII en 1814 acaba con los proyectos y las ilusiones de los liberales de las Cortes de Cádiz, que son perseguidos y encarcelados o enviados al exilio. La producción romántica española, pues, está íntimamente ligada a los exiliados hasta 1833, fecha de la muerte de Fernando VII y del retorno de dichos exiliados. En 1834, sin embargo, el regreso de los exiliados y los nuevos aires políticos propician la eclosión romántica.

Se han venido distinguiendo tres grupos o generaciones de escritores románticos españoles: Los que, nacidos entre 1785 y 1799, comenzaron a escribir como neoclásicos y evolucionaron hacia el Romanticismo durante su exilio europeo de 1823, contribuyendo decisivamente en la introducción del movimiento en España, como Francisco Martínez de la Rosa, Antonio Alcalá Galiano, ÁNGEL DE SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS, o SERAFÍN ESTÉBANEZ CALDERÓN. Los que, nacidos entre 1800 y 1815, reciben aún una educación neoclásica, muchos de ellos discípulos de Alberto Lista, y que viven en su juventud la trágica alternativa entre liberalismo y represión. Son quienes dan al romanticismo su carácter más exaltado y revolucionario y a este grupo pertenecen JOSÉ DE ESPRONCEDA, MARIANO JOSÉ DE LARRA, Patricio de la Escosura y Wenceslao Ayguals de Izco, pero también autores más “moderados” como Antonio García Gutiérrez, MESONERO ROMANOS, Ramón López Soler, Juan Eugenio Hartzenbusch, Gertrudis Gómez de Avellaneda o Enrique Gil y Carrasco. Por último está el grupo de los que, nacidos entre 1816 y 1825, reciben una educación plenamente romántica pero viven el declive del movimiento. Entre ellos se encuentran JOSÉ ZORRILLA, Francisco Navarro Villoslada, Manuel Fernández y González o Carolina Coronado.

1.3. Características del Romanticismo español

1.3.1. Temas románticos

Los temas fundamentales del Romanticismo español no difieren sustancialmente de los tratados en el Romanticismo europeo, y así observamos una serie características comunes a todo el movimiento.

El AMOR se convierte en el tema fundamental del Romanticismo, sea en su vertiente sentimental o en su manifestación más pasional. La primera, de carácter melancólico, de profunda tristeza, ve el amor como un sueño irrealizable, a la amada como inalcanzable y a la naturaleza como compañera y confidente. Sus manifestaciones se dan en poesía, aunque no es una forma muy característica de España hasta Bécquer.

El amor pasión, sin embargo, es característico tanto del teatro como de la novela romántica española y muy frecuente en poesía. Este amor surge repentina y violentamente, rompe las fronteras de las convenciones sociales y obliga a los enamorados a pasar por encima de los códigos morales. Pero en una y otra forma, el amor romántico es un amor desgraciado, trágico e imposible. Su consecuencia es la infelicidad, la muerte trágica o el desengaño que acaba en cinismo.

La vida, para el romántico, se presenta como algo sombrío, colmado de tristeza y dolor, de ahí que se desprece el riesgo de perderla e incluso el suicidio se presente como una solución justificada. El romántico exaltado quiere dar un sentido a su vida y, si no lo encuentra, la MUERTE es para él la opción liberadora, sea buscada en la acción heroica y arriesgada por una causa justa, sea en un dejarse morir melancólico, sea por medio del suicidio.

El PESIMISMO tiñe la visión del mundo de los románticos, que observan cómo el tiempo fugaz convierte en desengaño sus ilusiones y la felicidad y la justicia terrena son un anhelo inalcanzable. Este pesimismo, llamado “mal del siglo” tiene su máxima expresión en LARRA y ESPRONCEDA.

El satanismo no es muy frecuente ni muy virulento en el Romanticismo español, pero existen muestras como la de *El Diablo Mundo*, de ESPRONCEDA. Tampoco el sentimiento religioso es muy importante, lo que no deja de ser extraño en un país como España. Sí se da, sin embargo, un cierto anticlericalismo manifestado en críticas al papel desempeñado por la Iglesia al lado del absolutismo, y a la Inquisición, al tiempo que una religiosidad superficial y folklórica patente en la recreación de milagros y leyendas religiosas, de lo que ZORRILLA es quizá el mayor exponente.

Tanto la novela como el teatro y la poesía narrativa buscan a menudo sus motivos en la HISTORIA nacional, generalmente con la intención de extraer de ella una lección de ejemplaridad para el presente o proyectando en el pasado sus propios problemas y sentimientos personales. Como en toda Europa, la Edad Media es la época histórica que más interés despierta. Dentro de ella el interés se centra en los reinados que presentan conflictos de sucesión o guerras civiles, buscando en ellos el correlato con la situación histórica presente, dominada por el absolutismo de Fernando VII y las guerras carlistas. Así, el reinado de Pedro El Cruel fue uno de los más populares. Del mundo árabe se prefiere el momento de esplendor del califato de Córdoba o ya la época final de la decadencia granadina. Los Siglos de Oro del esplendor español no resul-

taban sin embargo muy simpáticos a los liberales, que veían en los Austrias a los tiranos que repudiaban. Así, Carlos V aparece como el enemigo de los comuneros y de las libertades castellanas, y Felipe II es el prototipo de los peores abusos del despotismo y de la Inquisición.

El Romanticismo, tan íntimamente unido al liberalismo, produce a menudo una literatura muy comprometida y atenta a los problemas sociales, aunque las circunstancias políticas de España atenúan a menudo la expresión de los autores. No obstante, como en el resto de Europa, la LIBERTAD es la bandera y el grito de los románticos, que la reclaman para todas las actividades públicas y privadas. Así, Larra la pide tanto “en literatura como en las artes, como en la industria, como en el comercio, como en la conciencia”. En nombre de la libertad no sólo se exige el derecho a amar por encima de las conveniencias sociales y se rechazan las normas y reglas literarias que coartan la manifestación espontánea del yo, sino que también se hace al pueblo depositario del poder y se ataca el absolutismo monárquico, lo mismo que el individuo reclama su derecho a rebelarse contra la sociedad que, vista a través de Rousseau, pervierte y tuerce su esencia natural. De aquí la exaltación de tipos marginales como el bandolero, el mendigo o el pirata que, con su resistencia a integrarse en la sociedad, representan una permanente protesta y denuncia de sus males. De aquí también el humanitarismo social o, al menos, un cierto sentimentalismo social, que mira con simpatía o convierte en héroe al que sufre física o moralmente, sea éste víctima o criminal.

1.3.2. Rasgos formales

Frente al Neoclasicismo, el Romanticismo se preocupa por el entorno que rodea al hombre, sea este natural o urbano. De ahí las descripciones más detalladas de los lugares en que transcurre el hecho narrado, por muy lejanos en el tiempo y en el espacio que estén, buscando con ello lo que se llamó “color local”. La NATURALEZA, en todas sus manifestaciones, cobra una presencia relevante en la literatura romántica, que busca la asociación con los sentimientos humanos. Así, la manifestación del estado atormentado del espíritu humano estará acompañada frecuentemente por una tempestad, y la melancolía y la tristeza resignada por la descripción de un paisaje sosegado de otoño. Esta correspondencia entre la naturaleza y los sentimientos humanos es quizá uno de los primeros logros del Romanticismo, pero poco a poco va reduciéndose a clichés y estereotipos, a fórmulas retóricas. El mar, la selva, los lagos, la noche iluminada por la luna, la tumba con el ciprés o el sauce llorón se convertirán en escenarios habituales, junto a las ciudades cargadas de historia, con callejuelas estrechas, catedrales góticas o iglesias y ermitas solitarias, o las ruinas de castillos, monasterios y palacios árabes.

Otro rasgo característico está asociado al gusto por el MISTERIO, por lo inexplicable y fantástico.

Si bien el racionalismo dieciochesco había suprimido el elemento sobrenatural de la literatura, los románticos lo retoman pero, generalmente, asociado a tiempos pasados, a leyendas y cuentos medievales. No obstante las obras románticas están pobladas a menudo de voces extrañas, de vagos rumores, de presentimientos, de sueños y visiones que hablan de una realidad extranatural que el romántico admite en coexistencia con lo visible, cotidiano y racional.

Los sueños en la literatura romántica se asocian con los deseos de felicidad y, por tanto, el término acompaña a la expresión del anhelo. De este modo encontraremos frecuentemente “sueños de amor”, “sueños de gloria”, o simplemente “sueño”, como sinónimo de lo deseado. La pesadilla, por el contrario, asociada a visiones terroríficas del infierno generalmente, se expresa a través de términos como “fantasma” o “espectro”. Espronceda ofrece en *El estudiante de Salamanca* uno de los mejores ejemplos de conjunción entre visiones fantasmagóricas y sueños del Romanticismo español.

Los personajes románticos, por su parte, suelen carecer de matices e inflexiones psicológicas, son tipos que representan un modo de ser. De este modo, la mujer será siempre, o bien un ángel inocente de serena hermosura, capaz de inspirar las más nobles ilusiones, o bien un ser malvado, de perturbadora belleza, capaz de las más perversas artimañas y de urdir las más criminales maquinaciones. Los personajes masculinos ofrecen más facetas, pero siempre dentro de una única condición y función: el galán enamorado y valiente, el traidor intrigante, el caballero leal, la víctima del destino injusto...

En cuanto al estilo romántico, tal vez el término que mejor lo caracterice sea el de ENFÁTICO.

2. LA POESÍA ROMÁNTICA EN ESPAÑA

Aunque la **poesía lírica** siempre ha sido una manifestación del yo, el poeta romántico hace exhibición de sus más profundos, oscuros u ocultos sentimientos, pues con el Romanticismo se pierde todo el pudor que impedía anteriormente desnudar el alma públicamente.

El amor es uno de los temas más frecuentemente tratados, pero el amor romántico comporta como características la pasión y la rápida sucesión de goce y hastío, aunque no faltan manifestaciones melancólicas por la imposibilidad de lograr el objeto amado o por su pérdida, ni algunos brotes de desesperación.